

tados Unidos. Sin embargo, siempre he resistido y aún resisto su influencia. Y aprovecho esta ocasión para decir por qué no estoy a gusto con el molde estadounidense de la ciencia política actual.

Permítaseme regresar, por un momento, a nuestros inicios. Desde la década de 1950 y hasta la fecha, los británicos generalmente han descartado la noción de ciencia política; se aferran a la etiqueta de estudios políticos y/o gobierno. ¿Cuál fue la manzana de la discordia? En retrospectiva, y frente a la cuantificación de la ciencia política, me arrepiento un poco de haber peleado del lado de la “ciencia”. Pero en ese momento tenía sentido hacerlo. Decir “estudios políticos” nos deja con un lenguaje ordinario, con un discurso normal que no distingue este esfuerzo. En particular, no separa la investigación narrativa de la cognitiva. En segundo lugar, no trae consigo un lenguaje “especializado” (como se requiere en cualquier investigación científica). Y, en tercer lugar, “los estudios” no exigen bases metodológicas *ad hoc*. Por todas estas razones, estábamos en lo correcto en sostener el estandarte de la ciencia, pues no podíamos prever cuán estrecha se volvería la noción de ciencia en suelo estadounidense.

Todo lo anterior me lleva a la siguiente pregunta: ¿qué tipo de ciencia puede y debe ser la ciencia política? Siempre he sostenido que nuestro “modelo” fue la economía. Sin embargo, los economistas tienen una tarea más fácil que otros. Para empezar, el comportamiento económico se apega a un criterio (utilidad, la maximización del interés, del beneficio), mientras que el comportamiento político no lo hace (el hombre político manifiesta una variedad de motivaciones). En segundo lugar, los economistas trabajan con números reales (cantidades monetarias) inscritos en el comportamiento de su animal económico, mientras que los científicos sociales trabajan con valores numéricos asignados y a menudo arbitrarios. Más aún, la ciencia de la economía se desarrolló cuando se entendía muy bien que una ciencia necesita definiciones precisas y estables en su terminología básica y, de la misma manera, “contenedores de datos” estables que permitan una construcción acumulativa de información, mientras que la ciencia política estadounidense —aparecida unos 150 años después— rápidamente se encontró con los “paradigmas” de Kuhn y sus revoluciones científicas y alegremente entró en el emocionante pero insustancial

camino de revolucionarse a sí misma más o menos cada quince años en búsqueda de nuevos paradigmas, modelos y enfoques.

En conjunto, me parece que la ciencia política dominante ha adoptado un modelo inapropiado de ciencia (extraído de las ciencias duras, exactas) y ha fracasado en establecer su propia identidad (como ciencia blanda) por no determinar su metodología propia. Por cierto, mis estantes están inundados de libros cuyos títulos son “Metodología de las ciencias sociales”, pero esas obras simplemente tratan sobre técnicas de investigación y procesamiento estadístico. No tienen casi nada que ver con el “método de logos”, con el método del pensamiento. Por lo que tenemos una ciencia deprimente que carece de método lógico y, de hecho, ignora la lógica pura y simple.

Sea como sea (más adelante ofreceré ejemplos), permítaseme primero identificar las características principales de la vanguardia, es decir, de cómo la ciencia política se ha establecido en la Academia Estadounidense y, bajo su poderosa influencia, en la mayor parte del mundo. Sostengo que nuestra disciplina ha buscado su identidad en ser:

- i. antiinstitucional y, en el mismo sentido, conductista;
- ii. progresivamente tan cuantitativa y estadística como fuera posible; y
- iii. dada a privilegiar la vía de la investigación teórica a expensas del nexo entre teoría y práctica.

Mi primera reacción a lo anterior es: *i*) que la política es una interacción entre el comportamiento y las instituciones (estructuras) y, por tanto, ese conductismo ha matado una mosca con una escopeta y, en consecuencia, exageró; *ii*) que el cuantitativismo, de hecho, nos está llevando a un sendero de falsa precisión o de irrelevancia precisa, y *iii*) que al no lograr confrontar la relación entre teoría y práctica hemos creado una ciencia inútil.

Puesto que las dos primeras acusaciones son conocidas, no requieren explicación. Por tanto, propongo que pasemos a la tercera. La pregunta es: ¿conocimiento para qué? ¿Tan sólo por el conocimiento en sí? En parte sí, pero en parte no.

La mayoría de las ciencias se dividen en dos ramas: la ciencia pura y la ciencia aplicada. La ciencia pura no se ocupa de asuntos prácticos. Se desenvuelve a lo largo de la dimensión de la investigación teórica que busca datos y se compromete en recolectar evidencia. La ciencia aplicada se desarrolla, en cambio, a lo largo de la dimensión de la teoría y la práctica y, por consiguiente, como un conocimiento para ser aplicado y, de hecho, como un conocimiento verificado (o falseado) por su éxito (o fracaso) en su aplicación. Y el hecho de que nuestra disciplina ha perdido —o incluso ha descartado— su rama aplicada implica que la ciencia política es una teoría sin práctica, un conocimiento tullido por una falta de “saber cómo hacerlo”.

Preguntaba: ¿conocimiento para qué? La respuesta es que la ciencia política no puede responder esta pregunta. Desde el punto de vista de la práctica, es una ciencia en gran medida inútil que no proporciona conocimiento que pueda ser utilizado. Más aún, al abandonar la aplicación, también se priva de su mejor prueba de veracidad, pues la noción de verdad es, en la ciencia, una noción pragmática. Algo es verdadero cuando “funciona”.

A fin de justificar nuestros fracasos prácticos y de predicción, hemos inventado la teoría de las consecuencias no intencionadas. Pero ésta es en gran parte una coartada para encubrir el hecho de que no hemos desarrollado un conocimiento aplicado ligado a preguntas del tipo “si... entonces” y al análisis de medios a fines. Si bien las consecuencias no intencionadas siempre están presentes, su inevitabilidad ha sido ampliamente exagerada. En el campo de las políticas de reforma y de la construcción de instituciones, la mayor parte de nuestros fracasos de predicción eran fácilmente predecibles y la mayor parte de las consecuencias imprevistas podían haberse previsto con facilidad (como revela casi invariablemente el análisis *ex post*). Permítaseme dejar aquí este tema, porque ahora quiero retomar el que dejé pendiente, es decir, que tenemos una metodología sin lógica, que ha perdido de vista incluso la lógica.

Tómese como ejemplo, la manera en que el tema de nuestra reunión —la democracia— es generalmente debatido en la disciplina. ¿Qué es la democracia? Si con esto se está solicitando una definición, entonces es probable que la respuesta sea que no debemos preocuparnos por definirla y que las definicio-

nes deben ser poco precisas. De otra manera, es probable que la respuesta sea que ésta es una pregunta mal formulada que conduce a una discusión ontológica, mientras que la pregunta correcta es: ¿hasta qué grado es democrático un estado y/o una democracia? Sin embargo, me parece que ambas respuestas malinterpretan el argumento.

Menospreciar las definiciones está mal por tres razones. Primero, puesto que las definiciones señalan el significado buscado de las palabras, garantizan que no nos mal interpretemos uno al otro. Segundo, en nuestra investigación, las palabras son también nuestros contenedores de datos. Por consiguiente, si nuestros contenedores de datos están laxamente definidos, nuestras observaciones estarán mal recolectadas. Tercero, definir es, antes que nada, asignar límites, delimitar. Por ello, la definición establece qué debe ser incluido y, a la inversa, qué debe ser excluido de nuestras categorías. Si la democracia se define como un sistema en donde los dirigentes son elegidos, actualmente la mayoría de países podrían calificar como democracias; pero si se define como un sistema de “elecciones libres”, la lista de países incluidos se reduciría a la mitad. Entonces, ¿cómo podemos decir que las definiciones no son importantes?

La discusión sobre el grado es aún más discutible. Su premisa familiar y repetida infinitamente es que todas las diferencias son diferencias de grado. Pero no. No hay nada en la naturaleza de las cosas que establezca que las diferencias son diferencias de grado, así como no hay nada que establezca que son intrínsecamente en especie. Las diferencias son continuas si se tratan así (lógicamente). Asimismo, las diferencias son discontinuas de acuerdo con el tratamiento clasificatorio *per genus et differentiam*. Que las diferencias sean cuantitativas o cualitativas, de grado o de especie, es un asunto de tratamiento lógico y, por tanto, un asunto de decidir cuál manejo es apropiado para qué propósito.

Si se define, la democracia debe obtener, por definición, un opuesto, es decir, la no democracia. Pregunta: ¿cómo se relaciona lógicamente la democracia con su opuesto? De dos maneras. Podemos afirmar —aplicando el principio aristotélico del medio excluido— que la democracia y la no democracia son términos contradictorios y, por tanto, mutuamente excluyentes. Si es así, cualquier sistema político dado es democrático o no. Pero también podemos con-

cebir la democracia y la no democracia como los polos de un continuo que admite, a todo lo largo, posibilidades intermedias y, por tanto, muchos grados diferentes de democracia. En este caso, no se aplica el principio del medio excluido; y eso es todo. En consecuencia, tenemos el mismo derecho de preguntar qué es, o qué no es, una democracia, y de preguntar en qué grado una democracia es más o menos democrática (con respecto a cuáles características). Ambas son preguntas perfectamente legítimas que se plantean mejor, me parece, en ese orden. La primera pregunta establece los puntos extremos. La segunda se ocupa de las variaciones dentro de la democracia. Pero éste es difícilmente el razonamiento que usted encontrará en la mayoría de los libros de texto estadounidenses. Es probable que se descubra que el pensamiento dicotómico es obsoleto, que la medición remplaza a las definiciones, y así sucesivamente. Una secuela de eslóganes que, según yo, dan fe de un analfabetismo lógico.

Debo concluir. ¿Hacia dónde va la ciencia política? Según el argumento que he presentado aquí, la ciencia política estadounidense (la “ciencia normal”, pues a los académicos inteligentes siempre los ha salvado su inteligencia) no va a ningún lado. Es un gigante que sigue creciendo y tiene los pies de barro. Acudir, para creer, a las reuniones anuales de la Asociación Estadounidense de Ciencia Política (APSA) es una experiencia de un aburrimiento sin paliativos. O leer, para creer, el ilegible y/o masivamente irrelevante *American Political Science Review*. La alternativa, o cuando menos, la alternativa con la que estoy de acuerdo, es resistir a la cuantificación de la disciplina. En pocas palabras, *pensar antes de contar*; y, también, *usar la lógica* al pensar. **Pg**